

CUENTOS DE LA SELVA DE HORACIO QUIROGA: LA “OTRA” DICOTOMÍA CIVILIZACIÓN VS. BARBARIE

Por Eduardo Lolo

La literatura infantil y su contraparte para adultos no son, como muchos creen, categorías literarias separadas o independientes. Es más, la mayoría de los mejores escritores de todos los tiempos han incursionado en una y otra sin menoscabo de la calidad que los ha hecho inmortales. En idioma español en especial los ejemplos pueden señalarse desde el Siglo de Oro hasta nuestros días. Baste, a manera de muestra, recordar los casos de Lope de Vega, Góngora, Fernán Caballero, José Martí, Valle-Inclán, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Juan Ramón Jiménez, García Lorca y un largo etcétera que prácticamente no deja fuera ninguna literatura nacional hispana, henchidas todas del alma infantil que sus escritores más afamados mantuvieron viva dentro de cada uno de ellos y que, gracias a sus obras dedicadas a los niños, dejaron inscrita para siempre en la cultura de sus pueblos. Es más, en no pocos de ellos puede apreciarse un traspaso de estilemas, argumentos y actitudes que van, con toda naturalidad, de una categoría a la otra; que es decir, de las siempre saltarines pupilas infantiles a las miradas fatigadas de tiempo encanecido, y viceversa.

El caso del uruguayo Horacio Quiroga (1878-1938) no es una excepción de la regla. Su colección *Cuentos de la selva para niños* (1918) es, por el contrario, un ejemplo típico. A partir del éxito alcanzado por esta compilación de historias infantiles, puede apreciarse una clara influencia de éstas –en su propia base categórica– sobre los relatos para adultos de temática semejante que su autor escribiría después. Entre los cuentos para personas mayores de Quiroga que presentan la más destacada influencia de sus historias para niños, pueden señalarse “Anaconda”, del mismo año, así como “El regreso de Anaconda”, de 1925 y, muy particularmente, “Juan Darién”, de 1920, todos recogidos luego en conocidas colecciones.

En dirección contraria puede identificarse en los cuentos infantiles de Quiroga un topos hasta entonces sólo reconocido en la literatura para adultos: la dicotomía antitética Civilización versus Barbarie. En sus relatos para niños hay, en cierto sentido, una ‘toma de partido’ muy peculiar en esa conocida polémica de carácter recurrente en el pensamiento hispanoamericano que, a partir de Sarmiento, ha polarizado todo el espectro intelectual hispanoamericano. El conocido educador argentino la había desarrollado ya en su *Facundo* (1845), haciéndola más drástica aún en obras posteriores tales como *Educación popular* (1854) y, particularmente, en *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883). En todas ellas Sarmiento asocia a los indios, la selva y, en sentido general, los espacios culturales rurales, como la Barbarie; la ciudad, el substrato europeo y los espacios culturales urbanos aparecen, en contraposición, como la Civilización. José Martí, por otra parte, invirtió las polaridades sarmientinas, abriendo una nueva posibilidad de enfoque ante un mismo tema que, aunque con raíces tan antiguas como el legado de Bartolomé de las Casas, extendería la polémica maniquea, prácticamente, hasta nuestros días. Martí desarrolló su visión en varios artículos, cartas y discursos. Baste citar “Las ruinas indias” y “El Padre las Casas” (de 1889, ambos), “Nuestra América” (1891), los discursos “Ante la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York” (1889) y “Bolívar” (1893), etc.¹

¹ Para más sobre el tema, véase el conjunto de ensayos “Civilización y barbarie en pensadores latinoamericanos”, *Revista Interamericana de Bibliografía* 41.1 (1991): 33-119.

Quiroga aportaría una nueva visión en *Cuentos de la selva para niños* desde el mismo inicio de la colección. El diminuto volumen comienza con “La tortuga gigante”, escrito en 1915 aunque no publicado sino un año después (*Fray Mocho* 5.225, 18 de agosto de 1916). Es el más corto del conjunto, brevedad que Quiroga logra mediante la más extremada concisión. Los personajes principales son un hombre y una tortuga que se salvan la vida mutuamente.

Las polaridades resultantes del cuento son multivalentes. Por un lado, el hombre enferma en la ciudad y recupera su salud en la selva. Pero es precisamente en el monte donde más cercano de la muerte queda; la ciudad, entonces, se convierte en su única posibilidad de salvación. La tortuga casi pierde su vida en la jungla, y es salvada, significativamente, por el representante de la civilización. Luego, el quelonio se adapta del todo a la vida del zoológico, el cual queda de esa forma –como punto intermedio entre la selva y la ciudad– representando la factibilidad de la convivencia de ambos polos. Consecuentemente, la civilización aparece como salvadora de lo mejor de la barbarie (los animales), la cual, en pago, salva lo mejor de su representación (el hombre). Ambas, finalmente, alcanzan un idílico equilibrio de convivencia en una tierra común a las dos.

No hay duda de que Quiroga decidió abrir su libro con “La tortuga gigante” por su carácter simbólico y por la aceptación e identificación del personaje principal entre los pequeños (recuérdese que, antes de su publicación en forma de libro, su autor lo había ‘probado’ oralmente con sus hijos y luego con los lectores de *Fray Mocho*). La tortuga, como personaje simpático a los niños, ha quedado más que probado en tiempos posteriores. Tratándose de una tortuga ya conocida (y querida) por los lectores inmediatos del cuento, dicha simpatía se intensifica.

La alianza entre ‘civilización’ y ‘barbarie’ desarrollada por Quiroga en este cuento, sería repetida en otros. El penúltimo relato de la colección (“El paso del Yabebirí”) apunta en esa dirección. Había sido publicado originalmente en el número 403 (del 22 de junio de 1917) de la revista *El Hogar*, y en él se narra cómo las rayas del río salvan la vida de un hombre que, con antelación, las había librado de la depredación de otros seres humanos. El cuento resulta el más extenso de toda la colección y está lleno de acción de una punta a la otra. El humor y el suspenso, que en “La tortuga...” quedaron sólo esbozados, en “El paso...” alcanzan pleno desarrollo. Los personajes se multiplican, con claras polaridades en donde militan, por igual, animales y seres humanos.

El final, aunque fugaz, llena de alegría el río todo. El pacto entre el hombre y los habitantes del Yabebirí se torna, en consecuencia, permanente: el hombre, una vez curado, se va a vivir a la isla del río que tan bien guardaron, para salvarle la vida, sus amigas las rayas, para siempre orgullosas de “la gran batalla que, aliadas a ese hombre, habían tenido una vez contra los tigres”².

La alianza entre lo mejor de la “civilización” y la “barbarie” también puede apreciarse en el cuento “Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre”, publicado por primera vez en *P.B.T* 14.635 (27 de enero de 1917). En esta breve historia Quiroga cumple con otro de los ‘requerimientos’ de la Literatura Infantil: la inclusión de personajes infantiles. Tal inserción queda anunciada ya desde el mismo título, pero de una forma muy especial que adelanta la ‘tesis’ fundamental de la historia: cachorros de coatí y cachorros de hombre. El uso,

² Quiroga, Horacio. *Cuentos de la selva para niños*. 41ª edición. Introducción, notas y guía de Nydia M. Grotta. Buenos Aires: Editorial Losada, 1991. Página 94. Todas las citas de esta obra se harán de acuerdo a esta edición y aparecerán de ahora en adelante en notación parentética, señalándose únicamente el número de la página.

tanto para animales como para seres humanos, del término asociado hasta entonces únicamente con la descendencia de los primeros, entraña un nada disimulado intento de igualarlos. Igualdad que, como se aprecia en el cuento, no implica una ‘degradación’ de los niños, por cuanto son los cachorros de animales quienes, a la postre, mostrarán la actitud más ‘humana’ y ‘civilizada’. En este cuento se narra la relación entre dos niños y un coatí que termina siendo la mascota querida de ambos. Pero éste muere y los otros coatíes de la selva, a fin de evitarles a los niños el dolor de semejante pérdida, deciden suplantarle por uno de los suyos.

El hecho de que los coatíes ‘salvajes’ decidieran ‘sacrificar’ a uno de los suyos para sortearles a los niños la pena por la muerte de su mascota, los pone por encima de éstos. Los ‘cachorros’ de hombres son presentados, entonces, más niños (o más añiñados) que los cachorros verdaderos. De alguna manera lo ‘salvaje’ daba a los dos coaticitos sobrevivientes una ‘adulterez’ inexistente en los ‘cachorros’ humanos, por su raíz civilizada, la cual permitía ‘engañarlos’ para evitarles dolor. El cuerpo del coaticito muerto es, entonces, regresado al monte de donde había venido (a manera de ciclo cerrado) y su lugar es ocupado por uno de sus hermanos. El timo pasó, prácticamente, inadvertido, pues como el nuevo coaticito “era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha” (80).

La alianza civilización-barbarie queda, finalmente, del todo sellada:

Formaron [los niños y el coaticito] la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatíes salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva. (80)

Hay una indiscutible paridad entre el jardín zoológico de “La tortuga...” y la casa del colono en “Historia...” Ambos lugares se convierten en el terreno común donde tiene lugar la posibilidad de convivencia entre los seres humanos y los animales. En ambos cuentos el papel de ‘héroe’ quedó reservado para los segundos. Y aunque pudiera señalarse una final actitud ‘paternalista’ del hombre hacia el quelonio en “La tortuga...”, el ‘paternalismo’ a identificarse en “Historia...” –siguiendo la misma dirección interpretativa–, queda ejercido en dirección contraria: de los animales a las personas.

Esta superioridad de los animales sobre los seres humanos (aunque también con un final de convivencia), queda del todo desarrollada en otro de los cuentos de esta colección, de claras tonalidades heroicas: “La guerra de los yacarés”, publicado originalmente como “Los cocodrilos y la guerra” (*Fray Mocho* 5.212, 19 de mayo de 1916). Es de destacar que en la versión original Quiroga utiliza el término universal de “cocodrilos”, el cual abandona por el más local de “yacarés” en la versión definitiva. Habría entonces que interpretar la génesis de este cuento partiendo de la selva sudamericana a la selva en general, para regresar finalmente al punto de partida que no logra conjurar la descripción de “un río muy grande, en un país desierto donde nunca había estado el hombre” (47). El cambio de “cocodrilos” por “yacarés” hace de ese “país desierto” indeterminado uno mucho más cercano a los lectores originales del cuento: los argentinos y, en particular, a los habitantes de Misiones como entidad geo-cultural específica.

El cuento narra la guerra entre los reptiles y el hombre, la cual incluye hasta un acorazado y un torpedo. Pero lo que más sorprende de “La guerra...”, es el escueto final en que, a pesar de toda la guerra descrita, peces y yacarés terminan conviviendo, “muy felices” (60), con las naves que concluyen transitando, libremente, por el río. ¿Fue entonces en vano el esfuerzo (la heroicidad) de los reptiles y su veterano aliado? No del todo. La guerra narrada queda a nivel de

estadio previo (y necesario) para la convivencia posterior y duradera del ‘happy end’. Al final, unos y otros (Civilización y Barbarie) tendrían que adaptarse a convivir en el mismo río (en el mismo mundo). Aunque, como es lógico, quedan cicatrices: peces y yacarés se acostumbran “al fin a ver pasar vapores y buques que llevan naranjas”, mas Quiroga reserva la oración final del cuento, subrayada a manera de sintético párrafo, para aclarar que “pero no quieren saber nada de buques de guerra” (60).

Esa convivencia se torna doméstica en otros dos cuentos de la colección: “La gama ciega” y “El loro pelado”. El primero había aparecido originalmente bajo el título de “La jirafa ciega” en *Fray Mocho* 5.215 (9 de junio de 1916). El cambio de animal pudiera analizarse en términos semejantes a los que utilizamos al comentar el mismo fenómeno en “La guerra...”, pero la dirección resultante termina siendo mucho más compleja. En efecto, mientras que con el cambio de “cocodrilos” por “yacarés” se iba de la generalización a la particularización, con el de “jirafa” por “gama” se va de la particularización (la selva africana) a la generalización (gama es un nombre internacionalmente conocido, aunque el animal sea de origen europeo), la cual queda, finalmente, de nuevo particularizada –pero esta vez en la Argentina y países adyacentes– con la inclusión de términos regionales tales como *las uras* (voz guaraní para nombrar un tipo de larvas de moscas, 63) o *la tacuara* (especie de bambú típico del Cono Sur, 70).

“La gama ciega” narra lo que le pasó a una gamita que, desobedeciendo a su madre, trató de comer miel directamente de un panal lógicamente defendido por los insectos. A resulta de las picaduras recibidas la gamita queda ciega. Un hombre, un colono actuando de médico, le devuelve la vista. La humanización de los animales y sus relaciones con el colono hacen de la selva un sitio tan proclive a la convivencia como la ciudad.

En “El loro pelado” la relación doméstica hombres-animales se presenta de manera literal. Este cuento fue publicado originalmente (y con el mismo título) en *Fray Mocho* 6.255 (16 de marzo de 1917) y presenta la carga de humor más destacada de toda la colección. En el mismo, Quiroga conjuga el loro (conocido animal domesticado) con el tigre. El triunfo del primero en su condición de protagonista sobre el antagonista selvático, está dado por la astucia y su alianza con la civilización.

La llegada del loro a casa del colono marca el inicio de la coalición entre el ave y los seres humanos. En efecto, a pesar de que “los loros son ricos para comer guisados” (39), el loro herido, lejos de ser sacrificado, es curado por los niños. Gracias a la atención de éstos, el ave “se amansó completamente” (39), aprendiendo las mañas que los lectores urbanos de Quiroga conocían como propias de los loros en cautiverio. Pero el loro del cuento no vive en una jaula. Su domesticación no entrañó ni una pérdida de su libertad ni una separación de los demás animales. Una vez más Quiroga nos presenta un idílico punto intermedio entre civilización y barbarie que, en este caso, alcanza tonos caricaturescos con la ceremonia del “five o'clock tea” a la que el loro se incorpora.

Como todos los cuentos de esta colección, “El loro...” termina con un ‘happy end’: el colono y su aliado selvático regresan a la casa con la piel del tigre. El ave entonces sí puede volver a ser aquel “loro bien feliz” del principio. Incluso ahora, una vez consumada la venganza (i.e., redimido el loro), la familia entera puede conocer la historia completa de lo que le había sucedido. El último parlamento del ave repite la feliz fórmula de remedo del lenguaje de los loros domesticados pero con claras connotaciones argumentales. Finalmente, el loro completa su largo y sufrido aprendizaje humano: aprende a reír.

De las historias brevemente analizadas se desprende que uno de los temas básicos de los *Cuentos de la selva para niños* es una versión de la dicotomía antitética Civilización versus

barbarie muy distinta de las desarrolladas con anterioridad por Sarmiento y Martí: la alianza entre Civilización y Barbarie, expresada como una convivencia solidaria entre sus respectivos componentes positivos. La ‘humanización’ de los animales aporta la ‘justificación’ necesaria para el desarrollo de este tema; justificación que, analizada fuera de su contexto categórico, ha dado pie a que se interpretase a los animales como símbolos de los indios. Ubicada la colección dentro de la Literatura Infantil (donde siempre ha estado), se comprueba que esa ‘humanización’ de los animales de la selva que propicia la alianza Civilización-Barbarie, va mucho más atrás en el segundo elemento del binomio: es el viaje a lo prístino del mundo, a sus componentes iniciales previos a la aparición del hombre (incluidos los indios, por supuesto) que tanto atrae a los lectores infantiles, y que constituye un tema recurrente dentro de la categoría. En ese sentido, téngase presente que muchos de los héroes de estos cuentos son animales de aspectos físicos prehistóricos (la tortuga, los yacarés, las rayas) con el consiguiente inmenso salto hacia atrás en el tiempo.

Por lo anterior es por lo que los personajes humanos no alcanzan su entera dimensión sino cuando aparecen interactuando con los animales ‘humanizados’; que es decir, al ser ‘elevados’ (según los postulados de la categoría literaria infantil) por el contacto directo con lo prístino de la vida. Así, vemos que el hombre de “La tortuga gigante” queda a merced del quelonio agradecido, reducido, por la invalidez resultante de su enfermedad, al nivel del más tierno cachorro; hasta llega a perder la conciencia (atributo humano por antonomasia). El colono de “El loro pelado” alcanza su máxima expresión gracias a su alianza con el ave vengativa; mientras, su presencia sólo sirve de indicio y elemento ambiental. El de “La gama ciega” adquiere la categoría de personaje gracias a la curación que logra en el animal y su consiguiente relación con el mismo; antes de ello, no es más que un punto de referencia indicial de la purificación ritual desarrollada en el cuento. En “Historia...”, los seres humanos no logran rebasar la condición de personajes secundarios. Los niños, de manera particular, son presentados con un nivel de inteligencia inferior a los cachorros verdaderos. El colono de “El paso...” termina siendo un pretexto para desplegar la heroicidad de las rayas. Como en el caso de “La tortuga...”, su condición de personaje está dado a partir de su interacción con los animales, la cual permanece inicialmente a un nivel oculto para el ser humano.

Los personajes negativos aparecen distribuidos, de forma nada equitativa, entre animales y personas. Entre los primeros, el tigre termina siendo el más destacado. En efecto, este felino es presentado como el antagonista en tres de los cuentos de la colección (“La tortuga...”, “El loro...” y “El paso...”), seguido por la serpiente (“Las medias...”, “Historia...” y “La abeja...”). La razón de una y otra selección es bien simple: ambos animales constituyen los depredadores más destacados de la selva sudamericana, centro de peligros no sólo para los demás animales, sino también para los seres humanos. Los lectores inmediatos de Quiroga estaban plenamente conscientes de la condición ‘negativa’ de tigres y serpientes, conciencia que aprovechó el autor para obviar la necesidad de justificar su elección. A partir de este ‘acuerdo’ previo a la lectura, Quiroga atribuye a dichos felinos y reptiles las características propias de los arquetipos de la categoría: ferocidad, baja inteligencia, prepotencia, maldad. Consecuentemente, la violencia ejercida por ellos está despojada de tono heroico alguno. Y siempre, como era de esperarse, terminan vencidos por conjugaciones varias del valor, la inteligencia y la solidaridad presentes en contrincantes mucho más débiles desde el punto de vista físico.

Los antagonistas humanos nunca alcanzan, como personajes, el desarrollo de tigres y serpientes. Desde el punto de vista cuantitativo, también están en desventaja. Los más destacados aparecen en “La guerra de los yacarés”, en forma de soldados. “El oficial” de este cuento termina

siendo el más ‘trabajado’ de los personajes negativos humanos de toda la colección. La excepción queda justificada por el final que le reserva el cuentista: ser devorado por el yacaré viejo. La no por corta menos terrible escena antropofágica, debe haber sido uno de los elementos de este libro que supongo más habrá escandalizado a las autoridades educativas que lo rechazaron en su tiempo. Otros personajes humanos negativos quedan como puntos de referencia o telón de fondo, como es el caso de los hombres que dinamitaban el río en “El paso...”.

Pero creo que lo que más pudo perturbar a los lectores adultos de 1918 fue el desmantelamiento de la tradicional dicotomía antitética Civilización Vs. Barbarie acuñada por Sarmiento e invertida por Martí. La igualdad de los elementos del binomio (o, al menos, la convivencia de éstos) identificada en casi todos los cuentos, rompió con los esquemas entonces establecidos a uno y otro lado del espectro ideológico. Los animales selváticos pueden ser vistos (o no) como símbolos de los indios, sin que ello altere en lo más mínimo esta interpretación. Teniendo en cuenta que los animales constituyen, en todo caso, los representantes de la naturaleza en su estado original, aun sin simbolizar a los indios en especial, terminan incluyéndolos y, por lo tanto, dejando implícita la posibilidad de concierto de éstos con la civilización.

Cierto que la división maniquea todavía está presente en estos cuentos; pero no aparece determinada por la diferencia entre zonas urbanas y rurales, o entre seres humanos y animales, representando a blancos e indios respectivamente. Queda desarrollada en todas las historias mediante una alianza entre lo mejor de la “civilización” con lo mejor de la “barbarie”, enfrentada a lo peor de una y otra, igualados en su negatividad. La ‘nueva’ dicotomía antitética vendría a ser algo así como Bondad versus Maldad, lo cual muy bien podría asociarse, tanto en la selva como en la ciudad, entonces como ahora, con el alma humana misma. La polémica resultante pudiera entonces trazarse tan atrás como en la filosofía clásica griega o la China de la antigüedad, para aflorar en toda su intensidad tras la aparente sencillez de esta diminuta colección de cuentos infantiles; para sorpresa y sobresalto de algunos adultos desde 1918 hasta la fecha, y el disfrute de los niños de todas las edades, incluyendo los que han logrado mantener el alma saltarina a pesar del tiempo encanecido.

Nueva York, primavera de 2005.

(Lolo, Eduardo. “*Cuentos de la Selva* de Horacio Quiroga: La ‘otra’ dicotomía Civilización VS. Barbarie.” *Círculo: Revista de Cultura*, Vol. XXXV, 2006. Páginas 151-159.)